

CARTA DE UN INMIGRANTE AFRICANO A LA SOCIEDAD ESPAÑOLA (Extracto)

“Señoras y señores de la sociedad española, las palabras no sabrían transmitir lo que siento en este momento en el que me han obligado ya la fuerza a volver desde donde he venido! No me ha dado tiempo a decirles lo que me ha empujado a emprender este largo y penoso viaje durante el cual han muerto muchos de mis compañeros de infortunio. Pensaba contárselo en persona, una persona que muestra sobre sí los rastros de los malos tratos y de los sufrimientos de un pueblo oprimido y explotado. Pero este muro que ha sido levantado entre ustedes y yo, hace imposible cualquier encuentro verdaderamente humano entre nosotros y nos obliga a mirarnos desde lejos como el perro y el gato, aunque todos somos ciudadanos del mismo mundo. Dado que no podemos ya hablarnos, permítanme mirarles a los ojos, a través de este muro de separación en forma de alambrada, que ahora separa África de Europa y simboliza la falsedad de la relación que han creado nuestros gobernantes entre el norte y el sur. Este muro de separación, esta alambrada, refleja esta falsa relación en la que las materias primas que vienen del sur y los productos acabados del norte, entre ellos las armas, pueden circular, pero no los hombres. Ha sido totalmente imposible encontrarnos como verdaderos hermanos y hermanas.

Por ello, lean en mis ojos, señoras y señores, el sufrimiento y el dolor que llega de nuestras tierras en las que las multinacionales siembran la muerte y el desarraigo y quieren crear un campo de ruinas en el que sólo haya materias primas, bosques y animales salvajes, para el placer de los turistas. Es el único medio que me queda para que sepan todo lo que sufrimos en África y las causas que producen dichos sufrimientos. Ya sé que los medios de comunicación quizás no se harán eco de mi voz, ni los políticos hablarán en sus reuniones sobre los derechos humanos, porque en el fondo, mi vida como la de todos los pobres del mundo, no cuenta para ellos. ¡Nos sacrifican sin escrúpulos ni vergüenza!

Efectivamente, señoras y señores de la sociedad española, yo soy africano. Vengo de un país empobrecido; un país que ha sido saqueado por las multinacionales occidentales desde hace varios siglos y que ha sufrido guerras atroces, a menudo presentadas como guerras civiles, pero que en el fondo son guerras económicas montadas con el único objetivo de saquear nuestros países y enriquecerse al igual que los dirigentes africanos, desgraciadamente al precio de la muerte de millones de mis hermanos y hermanas. ¿De verdad no podemos construir otro mundo en el que cada persona pueda vivir en paz? Comprenden ustedes, somos víctimas de un empobrecimiento continuo, organizado desde occidente, y ejecutado a menudo por medio de nuestros propios dirigentes al servicio de las multinacionales. Son estas guerras de las que yo huyo y de la miseria que han engendrado en mi país. Quiero sobrevivir y ayudar a vivir a mi familia que se ha quedado en Africa. No quiero morir como una rata atrapada en un incendio. Por eso, como superviviente, vengo a denunciar ante ustedes esta situación inhumana y a pedirles que nos ayuden a construir un mundo justo y humano. Lo que deberíamos comer, lo que debería ayudarnos a desarrollar nuestros países, va a occidente, bien para pagar las deudas que no hemos contraído nunca, bien para comprar armas que nos matan y nos amputan los miembros, haciéndonos así incapaces de contribuir a nuestra propia subsistencia.

Por eso, nos encontramos en una situación tal que no podemos ni cultivar nuestros campos, ni dormir tranquilamente, ni pensar en el futuro de nuestros hijos y de nuestros hermanos. Todo lo que producen nuestros países, sirve a los intereses de las multinacionales apoyadas por los gobiernos europeos y americanos y por nuestros propios gobiernos; mientras que nosotros nos morimos de hambre. En nuestros países, la muerte se ha convertido en un hecho banal; se ve morir de hambre a los niños día tras día, pequeñas enfermedades que podrían curarse fácilmente con un poco de dinero, son causa de numerosas muertes... ¡Ese es nuestro día a día! Como pueden imaginarse, es muy doloroso ver morir de hambre a un niño entre tus brazos, como me ha ocurrido a veces; o haber visto morir a mi padre de una malaria sin importancia que se curaría con pocos medios en cualquier centro de salud. Verdaderamente, ustedes ven hechos parecidos en la televisión; nosotros, por desgracia, nos codeamos con estos horrores todos los días, e incluso entre estas víctimas se encuentran nuestros propios familiares. ¿Creen que se puede soportar una vida así?

Por la noche, mientras esperamos el momento oportuno para poder franquear este muro de separación, nos decimos adiós los unos a los unos, por que, en el fondo, ninguno de nosotros

sabe qué tipo de cartucho utilizarán los militares que vigilan la alambrada o si uno de nosotros recibirá un tiro o en qué parte del cuerpo. Tampoco sabemos cómo caeremos desde lo alto de una alambrada de seis metros... Y yo me pregunto, ¿será hoy mi último día? Y durante este tiempo, pienso en los compañeros que ya han muerto en este intento y siento desfallecer mi corazón! Pienso en mi familiar, en mis amigos que siguen en África, en mi futuro! ¿Qué futuro? No tengo ninguno... Me siento perdido; me siento inútil, inexistente, como si no tuviésemos ningún valor a los ojos de este mundo; como si no fuésemos más que bestias, sólo buenos para el holocausto y el sacrificio. Pero ¡eso es injusto! ¡Tengo que saltar la alambrada! ¡Me doy cuenta de que no tengo elección! Mientras tanto, pienso en mi país, pienso en todas las riquezas naturales que tenemos. ¿Qué riquezas, me pregunto? ¡Todo lo que hay en nuestros países no nos pertenece!

Todos los días asistimos impotentes a nuestro expolio; quien osa abrir la boca recibe un tiro en la nuca. Por el contrario, occidente nos regala armas y las matanzas continúan en nuestra tierra. ¿Por qué en lugar de ayudarnos a salir del agujero en el que nos encontramos, se nos hunde cada vez más? De hecho, la miseria en lugar de disminuir en nuestros países, aumenta día tras día... Nuestros hijos se encuentran así condenados a vivir con los traumas de la miseria y bajo la amenaza incesante de las guerras. Aquellos que consiguen escapar de la guerra, mueren de hambre! ¡Estamos condenados a la miseria en países en los que el oro, los diamantes, el coltán, el cobre e incluso el petróleo fluyen a raudales! Y ¡siempre para el bienestar de otros! El mundo es malvado ¿verdad? No se sorprendan si lloro mientras hablo; es horrible lo que estamos viviendo. Por eso, con amargura intentaré escalar el muro cuando el momento sea favorable. Vivir o morir, ya me da igual. Nadie se preocupará de mi suerte... Díganme, señoras y señores de la sociedad española, ¿qué mal hemos hecho para merecer esta suerte?

Y mientras pasa el tiempo, siento surgir en mí otro sentimiento. No estamos malditos. ¡Este mundo puede cambiar, me digo! Nosotros también somos hijas e hijos de Dios, a pesar de la miseria y de las guerras. Por eso he decidido tentar a la suerte y venir aquí a su país, para ver si puedo encontrar un trabajo con el fin de sobrevivir y ayudar a vivir a los huérfanos que mi padre me ha dejado! No, no crean que ha sido fácil dejar a nuestras familias, sin saber a dónde vamos, si llegaremos o si podremos regresar. No crean que ha sido fácil para mí dejar a mi madre enferma, sin saber si la volveré a ver con vida y sin saber qué ocurrirá a mis hermanos y hermanas. Pero, ¿qué puedo hacer? No tengo elección. Me hace falta imperativamente ganar lo necesario para comprar medicinas para mi madre enferma, por miedo a verla morir como a mi padre; me hace falta ganar dinero para poder escolarizar a mis hermanos pequeños para ver si mañana quizás pueden salir del grupo de los sacrificados. Quiero trabajar para poder comprar medicamentos para mi hermano que padece el sida. Sólo pedimos eso. Saben ustedes, ¡es penoso ver morir a tu familia ante tus ojos sin poder hacer nada! ¿Creen que es fácil vivir como yo?

He aquí porque he corrido el riesgo de desafiar todo tipo de dificultades de un largo y penoso viaje y que, por suerte, he podido sobrevivir y ahora me encuentro delante de este muro de separación, que me impide decirles cara a cara mi dolor. Pero me queda la posibilidad de que al mirarme lean ustedes a través de mis ojos todo lo que sufro. Les ruego no piensen que es normal que vivamos así. Porque es sencillamente el resultado de una injusticia establecida y sostenida por sistemas inhumanos que matan y empobrecen. Por eso, vengo a pedirles que no apoyen este sistema con su silencio; al contrario, que el sufrimiento que transpira mi piel les haga comprender que es imposible ser un ser humano y callar frente a estas atrocidades inhumanas.

Dios sabe que no soy ni un ladrón ni un bandido; soy simplemente el grito de una víctima, que como todo el mundo, quiere vivir con el sudor de su frente. Estoy seguro de que si conociesen mi historia y la de mis compañeros, no me obligarían a volver de donde vengo ni me abandonarían en un desierto sin ninguna posibilidad de supervivencia. Repito, quiero vivir y ayudar a vivir a mis hermanos, ¡sólo pido eso!

¡Tras los muros de separación de Melilla, Bashige Michel, inmigrante! (2005)

¡Brillemos con su Luz!

Cada día, personas anónimas se interesan por los demás,
sin que apenas nadie se entere.
Ellas son una luz que ilumina las noches de la humanidad.
Miles de personas de todos los lugares
entregan muchas horas de gratuidad y de desvelos
en asuntos relacionados con los demás.
Son un signo de luz y de esperanza en nuestra tierra.
En los hogares, los lugares de trabajo,
en los encuentros fortuitos en la calle, en los hospitales,
en la universidad hay mucha gente, más de la que parece,
dispuesta a echar una mano. Son una
pequeña luz que, poco a poco, está venciendo la oscuridad que nos rodea.
Hay muchos hombres y mujeres a nuestro alrededor
que han aprendido a amar, saben amar,
cuentan su amor cada día con mil detalles. ¡Qué haríamos sin esta luz!
Muchos creyentes sienten dentro la fortaleza del Espíritu de Dios
y no tienen miedo de gritar la esperanza y el amor que les sostiene.
Son testigos luminosos, en medio de las tareas cotidianas,
del Señor Jesús.
¡Son la luz puesta en lo alto que ilumina y da calor a la humanidad!
Hay en nuestro mundo muchos misioneros y misioneras de la Buena Noticia.
No se guardan para sí la perla preciosa, la comparten con todos los pueblos de la tierra.
Donde hay dolor y hambre, allí están.
Donde hay esperanza, allí están alentándola.
Donde hay guerra y odio, allí están como signos de reconciliación y perdón.
¡Son una parábola de la luz de la Navidad!

TE ESPERAMOS, TE ACOGEMOS

Cristo trae esperanza a tod@s l@s que la han perdido.
Luz a tod@s l@s que viven en la oscuridad.
Justicia a quienes viven bajo el yugo de la opresión.
El viene como salvación para el pobre...
¿Te dice algo todo esto?...
¿Sientes dentro de ti la necesidad de gritar, con todas tus fuerzas "el Señor viene"?
Si no lo sientes, tal vez sea porque el lugar que debe ocupar Dios
en tu vida de cristiano, esté ocupado y esperas luz, salvación, justicia...
de otros dioses a quienes das culto: el dinero, la comodidad, el consumismo...
o porque no te preocupa demasiado que haya en el mundo
marginados, víctimas de la guerra, estructuras injustas de poder...
El Señor llega... Él viene... ya está aquí.
Pero sólo para quienes lo esperan ansiosamente.

ES TU TIEMPO

Juanjo Elezkano

Es tiempo de orar, Señor,
de estar contigo.
Nada más que de eso:
dejar lo que traemos entre manos,
escuchar tu Palabra
y encontrar en ella la respuesta,
el consejo y el rumbo de nuestra vida.
Danos luz, Señor, para este momento.
Que nuestro corazón se llene de lo que vale de verdad,
de la ilusión que tanta falta nos hace.
Que esta oración nos valga para la calle,
para vivir con esperanza
y para dar ánimo a quienes les falte.

BENEDICTUS:

Tú eres bendito, Señor:
porque has visitado a tu pueblo,
porque has suscitado en nosotras una fuerza de salvación
y ya es posible esperar y caminar hacia la promesa.

Tú eres bendito, Señor:
porque tú salvación nos libera del mal,
es misericordia con nosotras,
es alianza para siempre con la humanidad,
porque eres fiel a la promesa hecha a nuestros padres.

Tú eres bendito, Señor:
porque podemos ser libres del temor,
porque podemos estar en tu presencia,
porque tú estás a nuestro lado.

Tú eres bendito, Señor:
porque vas delante de nosotras, porque nos preparas el camino,
porque nos perdonas el pecado.

Tú eres bendito, Señor:
porque nos visitas de lo alto,
porque nos iluminas el camino,
porque rompes las tinieblas,
porque has roto la noche
y guías nuestros pasos por el camino de la paz.
Tú eres bendito, Señor.